

La gatita Bitsy

Había una vez una gatita dulce y juguetona llamada Bitsy. Tenía nueve años, un pelaje suave como la seda y unos ojos brillantes como estrellas. Un día, mientras jugaba en el parque, conoció a tres gatitos encantadores: Bella, Pelussa y Floc. Se hicieron tan amigos que decidieron crear un grupito de gatitos.

—¡Miau! —dijo Bitsy, con las orejitas bien levantadas—. ¿Por qué no hacemos una escuela para gatos?

Los demás maularon contentos, y así nació la Escuela Gatuna.

A los pocos días, la escuela abrió sus puertas, y llegaron un montón de gatos curiosos. Pero, de repente, apareció una señora con un perrito que decía:

—Mi Txiqui también quiere venir a clase. ¿Puede entrar?

Bitsy, pensando que la escuela era sólo para gatos, dijo:

—Lo siento… pero aquí sólo entran gatitos.

Más tarde, al hablar con sus amigos, Bella dijo:

—¿Y por qué no? ¡Los perros también pueden aprender!

Bitsy se asustó:

—¡Ay, no! He dicho que no podía venir, ¡y ahora la señora se ha ido! —y se puso a llorar en su cama, pensando que había cometido un error terrible.

Bella se acercó y le dijo:

—No te preocupes, encontraremos a la señora y le explicaremos que es bienvenida.

Y así, Bitsy se sintió mejor.

Al día siguiente era Carnaval, y el rey Carnaval había anunciado:

—¡Todos los animales deben ir disfrazados!

Bitsy tuvo una idea brillante:

—¡Haremos una carroza de bosque encantado! ¡Y nosotros seremos hadas gatunas!

Los amigos se pusieron a trabajar sin parar, enganchando flores de papel, pintando estrellas y haciendo sombreros brillantes. Cuando llegó el día de la rúa, todos los gatitos salieron con sus disfraces de hada, y la carroza era tan mágica que todo el mundo gritaba:

—¡Mira qué lindos!

Los aldeanos les lanzaban confeti y reían de felicidad. Y, mientras se marchaban, Bitsy vio... ¡la señora del perrito!

—¡Esperad! —gritó—. ¡Vuestro perro sí puede venir a la escuela!

La señora sonrió y les dio las gracias. Y así, la Escuela Gatuna se convirtió en un lugar donde todos los animales eran bienvenidos.

Bitsy aprendió que a veces nos equivocamos, pero siempre podemos arreglarlo. Y, sobre todo, ¡que la diversión es mejor cuando todo el mundo participa!

Y vivieron felices y gatunamente divertidos.